

De la Guerra de la Convención a la posguerra Carlista (1793-1843)

Daniel Aquillué Domínguez

Introducción

En 1792 se abrió un periodo bélico en Europa (con extensiones en América¹) en el que cambiaron las implicaciones de la guerra. Esta dejó atrás las formas dieciochescas y, en medio de revoluciones y contrarrevoluciones, derivó en “guerra total”. Este es un concepto discutido en su aplicación antes del caso paradigmático de la Primera Guerra Mundial, pero que sin embargo se ha llevado hasta las guerras religiosas y políticas del siglo XVII, como la Guerra de los Treinta Años. En el presente texto no iré más allá del XVIII, partiendo de la base de que la primer guerra total fueron los conflictos bélicos desencadenados desde 1792 a 1815, con las guerras revolucionarias y napoleónicas, tal y como ha señalado David Bell². Sin embargo, que un conflicto no sea “total” no implica que sea menos cruento o un mero teatro cortesano, como a veces se han parecido ver los enfrentamientos bélicos del siglo de la Ilustración.

Además, tras el Congreso de Viena y el exilio de Napoleón, no llegó la paz a Europa. Las potencias pretendieron acotar los límites de la guerra, igual que habían hecho en Westfalia o tras la Guerra de Sucesión Española, pero no la guerra en sí, que, además, mantuvo importantes dosis de “total”. A lo largo del siglo XIX, disminuyeron las hostilidades entre los grandes estados-nación, aunque aumentaron las guerras civiles (Portugal 1826-1834, España 1833-1840 y 1872-1876, Francia 1871, unificación italiana) e intervenciones externas en ellas (España 1823, guerra de independencia griega, Italia 1849). Las grandes guerras europeas del siglo, se “limitaron” a la de Crimea (1853-1856), la guerra entre Dinamarca y Prusia, (1864) Prusia y Austria (1866), y la Guerra franco-prusiana (1870-1871). Fuera del viejo continente, terribles guerras coloniales y, en América, conflictos como la Guerra de Secesión (1861-1865) y la Guerra de la Triple

¹ Baste recordar los ataques británicos contra la España americana (Puerto Rico 1797, Virreinato de La Plata, 1806 y 1807), las guerras civiles que conformaron las nuevas repúblicas hispanoamericanas (a partir de 1810), la intervención francesa en Santo Domingo (1801-1803), o la guerra entre Estados Unidos y Reino Unido (1812-1814).

² David A. BELL: *La primera guerra total. La Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, Alianza, Madrid, 2012.

Alianza contra Paraguay (1864-1870). ¿Acaso no pueden considerarse la Guerra franco-prusiana, la de Secesión o la de la Triple Alianza, como guerras totales?

En el caso español peninsular, la cronología 1793 a 1843 nos ofrece un campo de observación de la evolución de la guerra, con similitudes y diferencias entre actores y teatros bélicos, continuidades en los medios de combatir pero diferencias sustanciales en la concepción del enemigo. Se presentan numerosos conflictos: la Guerra contra la Convención Francesa (1793-1795), la intermitente guerra contra el Reino Unido (1797-1801, 1805-1807), la Guerra contra Portugal (1801), la Guerra de Independencia (1808-1814), la Guerra Realista (1821-1823), la Primera Guerra Carlista (1833-1840) y, a modo de epílogo, la doble crisis de 1843, que me he atrevido a calificar como una pequeña guerra civil. En el presente texto, me referiré solamente a tres de estos conflictos armados: la Guerra de la Convención, la de Independencia y la Carlista.

Así pues, a través estos tres conflictos en España, con algunos ejemplos, se van a esbozar los cambios y evoluciones desde las guerras dieciochescas hasta las del XIX: de ejércitos profesionales (esencialmente) de voluntarios a ejércitos de leva en masa, de atroces pero acotadas batallas a la extensión e indefinición del teatro bélico, de la violencia del combate a la violencia en retaguardia. En definitiva, el paso de la guerra limitada a la guerra total, primero entre estados-nación, después en el seno mismo de uno de ellos. Por otro lado, también existen continuidades y similitudes: las motivaciones variadas de los soldados que no eran meros autómatas, las implicaciones de intendencia y económicas como las requisas de caballos o la falta de calzado, el mismo armamento y la visión de la batalla a ras de suelo.

La Guerra de la Convención: la última guerra dieciochesca

Todavía hubo declaraciones formales de guerra, en marzo de 1793, y pasó un mes hasta que se rompieron las hostilidades abiertamente. No sucedería eso ni en 1808 ni en 1833. La Monarquía de Carlos IV y la República Francesa llevaban tiempo mirándose con recelo y preparándose para la guerra. El frente sería amplio, aunque centrado en los Pirineos Occidentales (Guipúzcoa y Navarra) y los Pirineos Orientales (Rosellón y Cataluña). Una vez desencadenado el enfrentamiento, la primera campaña fue exitosa para las armas españolas, que tomaron posiciones en el lado francés del Bidasoa y se adentraron en el Rosellón conquistando varias poblaciones. El año de 1794 fue de punto

de inflexión, pues las tornas cambiaron en favor de Francia que, a partir del verano, lanzaría una contraofensiva con la que invadió Guipúzcoa, Navarra y el Ampurdán. La Paz de Basilea de 1795 puso fin a una guerra en la que los dos contendientes estaban ya exhaustos. En los siguientes párrafos se tratará el tema de los ejércitos y la visión de los generales, el tipo de guerra dieciochesca y el combate a ras de suelo.

A comienzos de la guerra, solo 8.000 soldados franceses reunidos en torno a Perpiñán podían oponerse a la invasión española del Rosellón. En el otro lado, junto a Hendaya, 16.000³. Pronto cambiaron las tornas. A la altura de diciembre de 1793 el ejército francés, provisionalmente a las órdenes de Daoust, contaba con 47.417 efectivos en los Pirineos Orientales. Frente a él, el general Ricardos, dirigía a 27.610 hombres⁴. En los Pirineos Occidentales, la relación de tropas era similar, siendo casi el doble de soldados franceses que de españoles. En febrero de 1794, el general Caro contaba bajo sus órdenes con unos 20.000 hombres, de los que la mitad no eran tropa regular sino Milicias Provinciales, y que se repartían en tres divisiones⁵. Caro consideraba necesarios 35.000 hombres para la defensa del sector fronterizo vasco-navarro, y sin embargo se le enajenaron 7.000 para llevarlos al Rosellón⁶. En un memorial crítico con Caro se ascendió la cifra necesaria para defender con éxito aquel frente, desde Irún al Valle del Roncal, a 40.000⁷.

La República Francesa pudo aportar continuamente nuevas tropas de refuerzo, mientras que la Monarquía de Carlos IV tenía problemas para reclutarlas, aun movilizando cuerpos de milicias foranes vascas y navarras, o los somatenes y miqueletes catalanes. La leva general francesa daba sus frutos, y hasta 60.000 nuevos reclutas podían utilizarse contra España. En la campaña de 1794 se impuso definitivamente la superioridad numérica del ejército francés, con 57.000 soldados⁸. Junto a ello, fue clave la labor que desarrollaron en la inmediata retaguardia francesa los “representantes del pueblo”, quienes ejercieron una fuerte presión para movilizar tanto a civiles como

³ Jean-René AYMES: *La guerra de España contra la Revolución Francesa (1793-1795)*, Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, Alicante, 1991, pp. 145-146.

⁴ Lluís ROURA I AULINAS: *Guerra Gran a la ratlla de França*, Curial, Barcelona, 1993, pp. 168-169.

⁵ Ramón GUIRAO: *Irún y Hondarribia en la guerra contra la Convención francesa (1793-1794)*, Almena, Madrid, 2019, p. 53.

⁶ Ramón GUIRAO: *Irún...*, p. 44.

⁷ *Observaciones que ha hecho un General de las Campañas de 93, 94 y 95 en la frontera de Navarra y Guipuzcua, la Línea de defensa que tomó, y que numero de Tropas considera indispensables para su verdadera defensa en caso que la España tenga algún rompimiento con la Francia*, Caja 2799, Fondo Condado de La Rosa, Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (en adelante AHPZ).

⁸ Jean-René AYMES: *La guerra...*, pp. 85-86.

militares y conseguir los recursos para el ejército, tanto materiales como humanos, intimidando con la política del terror si era necesario, y dinamizando el esfuerzo bélico francés⁹. Respecto a las características de la guerra, Aymes señala que:

Aparte de esa intervención simétrica de unos cuerpos de combatientes que refuerzan los dos ejércitos regulares antagonistas, ni las batallas campales (...) ni algunos sitios de fortalezas, ni la conquista de pequeñas ciudades que podían servir de bases para el abastecimiento de las tropas (...) ofrecen gran originalidad”¹⁰.

Y es que la guerra, en los Pirineos Occidentales no pasó de ser una guerra de posiciones y escaramuzas en la mayor parte, salvo las ofensivas españolas de 23 de abril de 1793 o la de 5 de febrero de 1794. En el Rosellón, la muerte del competente general Ricardos supuso un serio revés para los españoles, que bajo el mando del Conde de la Unión fueron perdiendo terreno. Este general acabó muriendo en batalla, lo que, sin embargo, no supuso su heroización sino que otros militares le siguieron reprochando su mal hacer:

Terminado este punto propuso la defensa de Coliubre: El Quartel Maestre habló con viveza acerca de retirar aquella guarnición y volar la Plaza, todos los Generales accedieron unánimes a su opinión pero el en Gefe no tuvo por conveniente ponerlo en execucion, y se dio si lugar a la torpe y vergonzosa Capitulación de Coliubre. (...)

Su dirección fue a Roura, como el 17, pero quando llegó estaban perdidas todas las Baterías de su frente y costado, y los enemigos subían por todas partes a atacar este punto guardado por poquísimas tropas. El General mandó al Conde de Molina defendiese el reducto de la derecha, y que el defendería el de la izquierda, dispuso un movimiento para situar a su modo las tropas, que las puso en confusión, y desorden; se volvieron no obstante a ordenar, los enemigos se aproximaban: cree oportuno hacer una salida y se echa fuera del reducto pidiendo que le sigan. Salen unos 300, hombres que a pocos pasos ven que los enemigos penetraban en el reducto. El General la sigue y recibe un balazo por la espalda, teniendo a su lado al Yngeniero extraordinario Dn. Miguel Tarramas; cae de cabeza; este oficial y algunos soldados procuraron atravesarlo en su caballo, no pueden porque los enemigos cargan y dejan el cadáver, asi murió gloriosamente este General elevado prematuramente al mayor empleo militar de España sin otro mérito que la política de saber aparenta¹¹.

Dejando a un lado a los generales, y descendiendo al ras de suelo, la guerra no era algo agradable. En el siglo XVIII, a pesar de la primacía del reclutamiento voluntario y de percibir la milicia como una profesión, la desertión suponía un problema grave para

⁹ Jean-René AYMES: *La guerra...*, p. 143.

¹⁰ Jean René AYMES: “Una guerra distinta de las demás”, *Stvdia histórica. Historia moderna*, XII (1994)..

¹¹ [Narración de la campaña del frente catalán], Caja 2799, Fondo Conde de La Rosa, AHPZ.

los ejércitos, en una época en que las monarquías no tenían resortes de control suficiente y las poblaciones locales daba cobertura. Y más, en tiempo de guerra. El porcentaje de desertiones en los regimientos peninsulares fluctuaba del 5 al 7 %, pero en la campaña de 1793 se dobló la cifra. En el Ejército de Cataluña, la desertión entre la tropa española fue de 2.919 hombres a lo largo de toda la guerra, siendo su punto álgido el otoño de 1794 (1097 desertiones), con los reveses bélicos¹². Estas cifras de desertiones, son similares a las de otros ejércitos monárquicos del siglo. Así, por ejemplo, Federico II de Prusia tuvo un 15% de desertores en su campaña fallida en Bohemia en 1744, o en la campaña de 1759 -Guerra de los Siete Años-, el ejército francés tuvo 2.000 desertiones¹³. Este problema de las desertiones se mantuvo en los ejércitos nacionales, e incluso se amplió al establecerse el servicio militar obligatorio.

A pesar de las desertiones, muchos soldados tenían motivos para quedarse y combatir, ya que no eran sujetos pasivos, ni meros autómatas, ni simples víctimas de la tiranía militar. Esa es la tesis sostenida por Ilya Berkovich, para el siglo XVIII quien indica como motivaciones para alistarse en el oficio de las armas y mantener la cohesión en batalla: el corporativismo e identidad militar que generan tanto vínculos verticales como solidaridades horizontales, una masculinidad basada en la capacidad de sacrificio que generaba reputación social, una concepción del honor que no era patrimonio exclusivo de la aristocracia, incentivos materiales (soldada y saqueo), la necesidad de mantener la propia vida, las lealtades dinásticas o el patriotismo¹⁴.

En el caso hispano, tanto Carlos III como Carlos IV procuraron que los soldados veteranos permanecieran en el ejército, gratificando económicamente su reenganche, con ascensos a cabo y sargento, y retribuyendo su permanencia mediante importantes pensiones de retiro a los que se licenciaban tras muchos años de servicio. Además, se les daba preferencia para ocupar empleos en la Administración civil¹⁵. Eso suponían motivaciones materiales, económicas y de estabilidad cotidiana, pero, eso y la coerción de los oficiales son solo dos factores. Como se ha mencionado, la idea de camaradería

¹² Lluís ROURA I AULINAS: *Guerra Gran...*, p. 205; Fernando PUELL DE LA VILLA: “La tropa profesional en el siglo XVIII”, en José A. ARMILLAS VICENTE (ed.): *Actas del IV Congreso de historia militar. “Guerra y milicia en la España del X Conde de Aranda”*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2002, pp-307-352.

¹³ Ilya BERKOVICH: *Motivation in a war. The Experience of Common Soldiers in Old-Regime Europe*, Cambridge University Press, 2017, p. 56.

¹⁴ Ilya BERKOVICH: *Motivation...*

¹⁵ Fernando PUELL DE LA VILLA: “La tropa profesional...”, p. 319.

militar fue un elemento de importancia en la cohesión de los ejércitos, posibilitando acciones poco racionales, desde aguantar el mismo fuego en la línea de batalla a lanzarse a una carga. Y más, teniendo en cuenta que las batallas del siglo XVIII, aunque limitadas y caracterizadas por un ritual previo cortesano y casi teatral, fueron especialmente sangrientas, con entre un 30-40% de bajas por bando, con nada de épica o ilustración entre las nubes de pólvora, las balas de cañón arrancando miembros o alaridos de los heridos¹⁶.

Una pequeña muestra de todo ello, la aportan los informes de acciones de guerra individuales, las cuales reflejan un comportamiento heroico que no se explica por cuestiones de coerción, sino que expresa un esprit de corps. Voy a exponer casos de jinetes del Regimiento Farnesio en la batalla del 5 de febrero de 1794, en el frente de los Pirineos Occidentales. Este regimiento de caballería era dirigido desde el 14 de enero de 1789 por el coronel Antonio Amar y Borbón¹⁷ y participó toda la Guerra de la Convención en la zona vasco-navarra.

La documentación del Regimiento Farnesio nos revela interesantes detalles que ejemplifican distintas cuestiones que se han venido señalando. Por ejemplo, los expedientes de sus integrantes, revelan como muchos de ellos sirvieron durante toda su vida en el ejército, como una profesión. Ese es el caso de Antonio Leoneto, de 59 años y “su Patria Milán en Ytalia” quien empezó su servicio en las Guardias de Corps el 5 de junio de 1744, de donde pasó a teniente del Farnesio, combatió en Portugal y Gibraltar, y obtuvo retiro el 16 de octubre de 1793. Similar caso es el de Mateo de Pueyo de 57 años y “su Patria Zaragoza en Aragón”, que comenzó como cadete en noviembre de 1746 en el Regimiento de Caballería de Andalucía, participando en el sitio de Gibraltar y muriendo en Málaga en 1792. O Vicente de la Caballería, de 58 años y “su Patria Almagro, en la Mancha”, quien comenzó como soldado en junio de 1758 y el 25 de enero de 1793 era ya capitán, consiguiendo su retiro unos meses después, en octubre¹⁸.

¹⁶ Por ejemplo, en las batallas de Poltava (1709) o Fontenoy (1745) como detalla David BELL: *La primera guerra total. La Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, Alianza, Madrid, 2012, pp. 66-69; o en la de Zornford (1758) con la que concluye Ilya BERKOVICH: *Motivation...*, p. 227.

¹⁷ Hermano de la ilustrada aragonesa Josefa Amar y Borbón. Sobre su vida véase: Carmen PUMAR MARTÍNEZ: *Don Antonio Amar y Borbón, último Virrey del Nuevo Reino de Granada*, Centro de Estudios Borjanos, Zaragoza, 1991.

¹⁸ *Regimiento de Caballería de Farnesio. Relación por clases y antigüedad de los Oficiales Sargentos y Cadetes que tiene el Regimiento, con las fechas de sus graduaciones y Empleos*, Caja 2802, Fondo Conde de la Rosa, AHPZ.

Otros papeles, sin embargo, informan de deserciones, carencias y problemas de intendencia del Regimiento. Ramón Olondriz, comandante del Farnesio, escribía al coronel Amar sobre la llegada a Pamplona, el 27 de junio de 1793, informando que empezaba a “padecer el ánimo” pues “desde el primer día empezaron a irse los Reclutas, y a la ora de esta se han ido quatro”, pasándose “requisitorias a sus Pueblos”, e indicando que se dispone a “practicar vivas diligencias para hacer un exemplar castigo en el Desertor que aprenda”, porque “A la partida de Recluta de la Rioja no la detiene otra cosa mas, que la composicion de sillas, en que se está trabajando con fuerza”¹⁹.

No acababan ahí los problemas. Desde Lora del Río (Sevilla), Bernardo de Arratibel, comisionado en Andalucía, escribía a Antonio Amar, informando, a 3 de diciembre de 1793, de sus problemas para conseguir caballos para el Regimiento Farnesio: “En todo el camino, que ha sido de 58 leguas, solo he visto 8 de venta y todos con defectos sustanciales, por lo que no he comprado ninguno” y que “está decaída la cría”. Finalmente adquirió 9 caballos para la guerra, entre la Cartuja de Jerez, Córdoba y 2 regalados por Juan Carmena al rey, que sin embargo, tardó en cobrar²⁰.

Todo lo cual, no obsta, para que los soldados del Farnesio tuvieran motivaciones para el combate y dieran pruebas de lealtad a sus compañeros y oficiales, manifestando una concepción del honor, la reputación... y la supervivencia. Así lo muestran los partes sobre la acción del 5 de febrero de 1794. Aquel día, el general Caro organizó una ofensiva sobre el campamento fortificado francés llamado de los Sans-Culottes. Para ello dispuso que cruzaran el Bidasoa 13.000 infantes, 700 jinetes y artillería que protegería desde la loma de Luis XIV y el pueblo de Biriartu. Dividió el ataque en tres columnas, estando un escuadrón del Farnesio a la izquierda, y el resto de la caballería debajo de la loma de Luis XIV. El objetivo español era destruir el campamento enemigo, defendido por tres reductos artillados (el de los Derechos del Hombre, Sans-Culottes o Libertad e Igualdad). Dos veces asaltaron los españoles el reducto de la Libertad, siendo contenidos, lo que dio tiempo para la llegada de refuerzos franceses desde Saint-Jean de Luz. Tras esto, el ejército español se retiró “con el mayor orden”, habiendo sufrido 51 muertos, 255 heridos y 36 contusos²¹.

¹⁹ [Carta de Ramón Olondriz a Antonio Amar y Borbón, 27 de junio de 1793], Caja 2865, Fondo Conde de la Rosa, AHPZ.

²⁰ [Cartas de Bernardo Arratibel, diciembre de 1793], Caja 2865, Fondo Conde de la Rosa, AHPZ.

²¹ Ramón GUIRAO: *Irún...*, pp. 57-61; *Memorial del Exército de Navarra y Guipuzcua que escribió, y confirma un oficial del Estado mayor del mismo*, Caja 2802, Fondo Conde de La Rosa, AHPZ.

Aquel día, 5 de febrero de 1794, el sargento Felipe Muñoz “fue mandando por el Capitan Dn. Francisco Cornel para que recogiera una Silla de un Cavallo que mataron los Enemigos a un soldado que se hallaba con un Gefe y a dicho soldado le partieron una pierna de una bala de Cañon la que también mato al Cavallo y dicho Cavo recogio la silla del Cavallo a pesar del mucho fuego que le icieron los Enemigos”. El cabo Policarpo López subió al monte “llamado el Diamante que por mas fuego que le hicieron los Enemigos subia a dicho monte a lo que el General le mando y al retirarse tubo que echarse rodando por el monte abajo por no quererse entregar a los Enemigos”²².

En enfrentamientos posteriores, el sargento Vallés, junto a cuatro soldados más, estuvo destinado “para mantenerse al Frente y Vista de los Enemigos para observar sus movimientos, interin el Exercito se fue retirando, a pesar del mucho fuego que les acian los enemigos, y que un rechazo de una bala de cañon le quito el sombrero de la cabeza a dicho sargento ni por mas fuego que acian dichos enemigos no desamparo su puesto asta que le trajo orden mi Sargento”. O, por ejemplo, el soldado Cipriano López “se hallo en el ataque a la Fabrica de Egui”, el 17 de octubre de 1794, y “vio como los Franceses ycieron prisionero a su Comandante, y procurando liberarlo de su Prisión, acometio y procuro matar al Frances que lo tenia prisionero y consiguió darle una cuchillada”, “le tiraron una descarga que le mataron el Cavallo” y “a los dos soldados que le acompañaban”, pero “despreciando el subito fuego del enemigo”, recogió los caballos de los difuntos “y los presentó a esta compañía armados y con toda montura”²³.

Finalmente, y para acabar con la Guerra de la Convención como ejemplo de “última” guerra dieciochesca, cabe reseñar que todavía se respetaba la convención de realizar las campañas entre primavera y otoño, parando la guerra en invierno, y de no perseguir hasta el exterminio al enemigo derrotado. cuando se tuvo la oportunidad de perseguir al enemigo tras una victoria. Así lo hizo el general Ricardos tras vencer a los franceses en Trouillás “porque no era él ciertamente el destinado a crear aquel género de guerra que no reconoce estaciones”²⁴. Junto al respeto del ejército vencido, también existían unas ciertas consideraciones hacia la población civil, que solía quedar al margen de las grandes batallas, si bien se veía afectada por requisas, desplazamientos y asedios

²² *De relaciones de servicios particulares de Guerra de Yndividuos de Farnesio 1795*, Caja 2865, Fondo Conde de La Rosa, AHPZ.

²³ *De relaciones de servicios particulares de Guerra de Yndividuos de Farnesio 1795*, , Caja 2865, Fondo Conde de La Rosa, AHPZ.

²⁴ Fernando PUELL DE LA VILLA: “La tropa profesional...”, p. 313.

si su localidad era una plaza fuerte. En la Guerra de 1793-1795, como norma, se respetó a las poblaciones civiles, por ambos bandos. De hecho, en la primera ofensiva en el Rosellón, los españoles fueron recibidos como libertadores en Saint-Laurent de Cerdans el 17 de abril de 1793²⁵. O por el lado contrario, buena parte de los comerciantes de San Sebastián colaboraron con los franceses en 1794-1795²⁶. Sin embargo, sí hay casos de saqueos como el de Eibar en el 29 de agosto de 1794, cuando las tropas francesas “incendiaron y redujeron a cenizas ciento diez y seis casas de mis calles publicas con todos los muebles, y efectos que en ellas existian, habiendo quedado sin habitación igual numero de vecinos”²⁷.

Para la mayor parte de contendientes del siglo XVIII, la guerra era una larga partida militar, con objetivos limitados, batallas y asedios en las fronteras y que finalizada por mutuo cansancio y un compromiso diplomático²⁸. Y así acabó la Guerra de la Convención, con el ejército francés internado en Guipúzcoa, Navarra y el Ampurdán pero a punto de colapsar por fallos de intendencia y epidemias, mientras que el español preparaba una contraofensiva desde posiciones defensivas en torno a Pamplona y el Ampurdán. Ambos bandos creían que estaba en peor situación que su contrincante, lo que les llevó a firmar la Paz de Basilea el 22 de julio de 1795, la cual devolvió las fronteras a su lugar original previo a la guerra.

De la Guerra de Independencia a la Guerra Carlista: De la guerra total exterior a la guerra total interior

Si en 1795 las fronteras de Francia y España no se modificaron, las subsiguientes guerras napoleónicas trastocaron el mapa europeo. Durante la Guerra de Independencia, de hecho, el norte del Ebro le fue desgajado al rey José I y agregado al Imperio de Napoleón desde 1810. Este es solo uno de los cambios que supuso el camino de la guerra dieciochesca hacia la guerra total. Como ha escrito David Bell, los conflictos entre 1792 y 1815 se caracterizaron, no por el avance de la tecnología militar (el fusil de avancarga de chispa siguió siendo el arma básica), sino por el alcance e intensidad de la guerra:

²⁵ Jean-René AYMES: *La guerra...*, p. 54.

²⁶ Álvaro ARAGÓN RUANO: “La Guerra de la Convención, la separación de Guipúzcoa y los comerciantes vasco-franceses y bearneses”, *Pedralbes* 31 (2011), 167-229.

²⁷ Citado en: Cirilo CHICO COMERÓN: *Actitudes políticas en Guipúzcoa durante la Guerra de la Convención (1793-1795)*, Tesis Doctoral, 2011.

²⁸ Ilya BERKOVICH: *Motivation...*, p. 17.

guerras nacionales en la que se levantaron levadas en masa, masivas batallas como Wagram (1809) que implicó hasta 300.000 hombres o Leipzig que congregó hasta 500.000, de los cuales 150.000 fueron muertos o heridos. Antes de ello, rara fue la batalla que congregó a más de 100.000 soldados (el total del ejército de Carlos III tenía unos 60.000 efectivos, por ejemplo). Además, la nueva dinámica política llevó hacia el compromiso total y la guerra sin límites, movilización también de civiles, que también fueron objetivo bélico, una guerra ilimitada sin objetivos fijos, una demonización del enemigo que podía llevar al exterminio²⁹.

Y junto a ello, las batallas siguieron siendo igual de atroces en el siglo XIX que en el siglo XVIII, con las descargas de fusilería, los impactos de artillería y las nada épicas cargas de caballería para aquellos que las padecían. El soldado de a pie no veía mucho de un campo de batalla, poco más allá del chacó o bicornio de sus compañeros inmediatos. Eso sí, la muerte y la desolación causadas por los cañones sí las veía, como refleja el teniente Wray al hablar de la batalla de Waterloo³⁰:

Tuvimos tres compañías casi completamente deshechas: un disparo mató o hirió a veinticinco de la 4ª compañía, otro de la misma clase mató al pobre Fisher, mi capitán, y a dieciocho de nuestra compañía (...) y otro alcanzó a la 8ª y mató o hirió a veintitrés (...). El pobre Fisher fue alcanzado mientras hablaba con él, me salpicaron sus sesos y su cabeza quedó hecha añicos.

En el caso español, las batallas más multitudinarias fueron las de Talavera y Ocaña, ambas en 1809, con 50.000 soldados por bando, y la de Vitoria, en 1813, con unas cifras un poco superiores. Sin embargo, lo que caracterizó a la guerra de 1808-1814 fue la implicación de la población civil, y los desmanes cometidos sobre ella por todos los bandos, ya fueran exacciones y saqueos de tropas napoleónicas, del ejército regular o de una guerrilla a veces confundida con bandolerismo. Por no hablar de los incendios y saqueos perpetrados por las tropas británicas en lugares como Badajoz, Ciudad Rodrigo y San Sebastián.

Pero, si hay un caso paradigmático de guerra total en esa época, eso lo suponen Los Sitios de Zaragoza, en particular el segundo asedio de diciembre a febrero de 1809. Las retóricas de guerra a muerte, la alta movilización militar, la población civil como combatiente en masa, los bombardeos contra la ciudad, los encarnizados combates con

²⁹ David BELL: *La primera guerra...*, pp. 35-41.

³⁰ John KEEGAN: *El rostro de la batalla*, Turner, Madrid, 2013, p. 171.

un alto porcentaje de bajas, y la desolación final, no pueden definirse de otra forma sino como guerra total. No sólo fueron las proclamas de Palafox de guerra a muerte³¹.

Primeramente, la movilización. El reclutamiento de todos los hombres mayores de 16 años de Aragón fue, de facto, una leva en masa, con la que miles de campesinos afluyeron a Zaragoza para conformar algo parecido a un ejército. A ello se sumaron unidades militares llegadas desde distintos lugares de la geografía española, atraídas por el éxito del Primer Sitio y/o dispersadas tras la segunda batalla de Tudela. De esta forma, al comenzar el segundo asedio, dentro de Zaragoza se concentraron cerca de 35.000 soldados y 5.000 paisanos armados. Junto a ellos, varios miles de refugiado. Por su parte, Napoleón envió para doblegar Zaragoza, una cantidad considerable de tropas: 49.152 hombres, 5.777 caballos y 151 piezas de artillería.

En segundo lugar, la participación de la población civil en la defensa. Según diversos testimonios, como el francés J. Belmas “los sacerdotes y las mujeres eran los más encarnizados defensores”, o como destaca Lejeune “los monjes, los soldados, los paisanos, las mujeres y hasta los niños se excitaban mutuamente a disputarnos el terreno. Se defendían, peldaño a peldaño”. Según las reglas de la guerra, tras la caída de las murallas, la plaza debería haberse rendido, pero ni fue así.

En tercer lugar, las bajas. El polaco Mrozinski relata como en el asalto de la una de las brechas “de los 80 granaderos que atravesaron la muralla y que fueron los últimos en salir de allí, regresaron sólo 27” o Lejeune que describe, como al día siguiente, una vez dentro de la ciudad: “en medio de estas ruinas, que eran para nosotros verdaderos laberintos, caminábamos al resplandor del fuego que se nos hacía desde todas partes (...) nos costó más de 600 hombres”. Al capitular Zaragoza, el mariscal Lannes escribía: “han muerto cincuenta y cuatro mil personas: es inconcebible (...); esta ciudad da horror verla”.

En cuarto lugar, los bombardeos y la guerra de minas indiscriminada. 32 piezas de artillería disparando sin parar se utilizaron durante 24 horas para doblegar el pequeño

³¹ Jean BELMAS: *Zaragoza, 1808 y 1809, Los Sitios vistos por un francés*, Editorial Comuniter, Zaragoza, 2003; Faustino CASAMAYOR: *Diario de Los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*, Editorial Comuniter, Zaragoza, 2000; Louis F. LEJEUNE: *Los Sitios de Zaragoza. Historia y pintura de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad abierta durante los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809*, Institución “Fernando el Católico, Zaragoza, 2009; y Fernando PRESA GONZÁLEZ(ed.): *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Huerga fierro editores, Madrid, 2004.

espacio del Convento de San José, 50 bombardearon el pequeño barrio del Arrabal y toda una batería no fue capaz de doblar una sola casa en la calle Pabostre. Las cifras del bombardeo fueron brutales: 32.700 proyectiles en 52 días. A ello, se sumaron 9.500 kilos de pólvora usados en hacer volar por los aires numerosas casas y conventos. El objetivo no era un puesto militar definido, era toda la ciudad.

En febrero de 1809, “los desastres de la guerra adquirieron una forma más abominable, olvidando a menudo las sempiternas normas que la humanidad había establecido para disminuir las desgracias de la guerra”, en palabras de Mrozinski. Cuando el 10 de febrero de 1809 cayó el Convento de San Francisco, Lejeune detallaba como “todo el suelo de los alrededores y los tejados ofrecían un aspecto horrible por la cantidad de restos humanos de que estaban cubiertos”. Finalmente, la situación se volvió más insostenible y Zaragoza capituló el 21 de febrero de 1809. Las descripciones de la ciudad que dieron los vencedores dibujan un tétrico panorama. Belmas señala que “causaba horror ver la ciudad”.

No es de extrañar las numerosas deserciones, tanto de franceses que no querían combatir en la Guerra Peninsular, como de soldados del ejército regular español que, tras sucesivas derrotas, abandonaban las filas para dedicarse a sobrevivir o a la guerra por su cuenta en forma de guerrilla. En la Francia napoleónica, la deserción era del 5 al 10%, pero en departamentos de tradición realista o en algunos momentos como la doble conscripción de 1813, las deserciones alcanzaron cotas muy altas³².

Tras la derrota de Napoleón, la paz pareció llegar a Europa y las potencias quisieron desterrar el fantasma de una guerra total entre estados, como si también en eso quisieran volver al siglo XVIII. Sin embargo, no cumplieron del todo su objetivo. Es cierto que no se dio ningún conflicto internacional de envergadura en el Occidente Europeo hasta 1870, pero la guerra total no desapareció. Estuvo muy vigente en guerras civiles, muchas de ellas con intervenciones externas.

Ese fue el caso de la Primera Guerra Carlista, una cruenta guerra civil que dejó 200.000 bajas en una España de 12 millones de habitantes. Fue una guerra total en la que no se reconoció legitimidad al enemigo, con una brutal espiral de represalias que sólo se frenó en parte con el Convenio Eliot en 1835 y el Convenio de Segura ya en 1839, unas violencias políticas de retaguardias perpetradas por civiles, unos frentes a veces difusos,

³² Esteban CANALES: *La Europa Napoleónica 1792-1815*, Madrid, Cátedra, 2008, pp. 131-136.

una movilización que superó las cifras de 1808-1814, pues se llamaron a filas a 370.000 hombres para servir a Isabel II -aunque hubo mucha deserción-, un desastre para las poblaciones y la economía -incendios, saqueos, requisas de caballos-, el trato inhumano a los prisioneros -como los capturados tras la batalla de Villar de los Navarros en 1837 y que se dieron al canibalismo- ... Se había “sacrificado casi una generación” afirmaba el ministro de la Gobernación en 1837, en una guerra “tan dura y tan desoladora” como describió Evaristo San Miguel³³.

³³ Véase: Daniel AQUILLUE DOMÍNGUEZ: *El liberalismo en la encrucijada: Entre la revolución y la respetabilidad 1833-1843*, Tesis Doctoral, Universidad de Zaragoza, 2017, pp. 64-71; Id.: “Guerra, política y miedo a ras de suelo: pueblos del sur de la provincia de Zaragoza durante la Primera Guerra Carlista”, en Pedro RÚJULA: *Actas del Congreso de Historia Contemporánea de Aragón*, Castellote 2018, Instituto de Estudios Turolenses, en prensa; Id.: “La violencia desde el liberalismo 1833-1840”, en Paula HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ et al. (coords): *Las Violencias y la Historia*, Salamanca, Asociación de Jóvenes Historiadores, 2016, pp. 345-367; Luis GARRIDO MURO: *El nuevo Cid. Espartero, María Cristina y el primer liberalismo español (1834-1840)*, Tesis Doctoral, Universidad de Cantabria, 2012.